



JANIE REED

UNA GENEROSA MUESTRA DE CONFIANZA

Janie Reed es una jugadora estadounidense de sóftbol que juega como exterior y forma parte de la selección nacional de EE. UU. Janie, la más joven, pero también la más laureada, de tres hermanas que han sido jugadoras de sóftbol, está casada con un jugador de béisbol profesional estadounidense que comparte su amor por el deporte. Su objetivo es marcar la diferencia en el deporte femenino y compartir el Evangelio con el mundo.

De pequeña, nunca fui la jugadora más destacada. No era ese tipo de chica a la que la gente veía y de la que decían: «Un día tendrá la oportunidad de jugar en los Juegos Olímpicos». Ir a las pruebas para los Juegos Olímpicos fue intimidante. Es duro participar en una competición entre tú y tus propias compañeras de equipo. Mientras pretendía entrar a formar parte del equipo olímpico, a menudo tenía que recordarme que estaba compitiendo por una de las 18 plazas y no contra ninguna persona determinada.

La noche antes de las pruebas, unas cuantas de nosotras invitamos a todas nuestras compañeras a unirse a lo que se ha convertido en una reunión de oración anual antes de que empiecen las pruebas. Se presentaron 20 de las 29 chicas del equipo. Esta tradición ha sido muy útil para todas nosotras. Al estar todas en la misma posición, intentando entrar a formar parte del equipo, pudimos recordarnos unas a otras que estábamos allí para ayudarnos a superar la insana presión que estábamos experimentando. En lugar de ponernos trabas unas a otras, elegimos ayudarnos mutuamente.

La última mañana de las pruebas tuve la angustiante sensación de que eso podía ser el fin, de que esa podía ser la última vez que jugara al sóftbol... en mi vida. Mi oportunidad de demostrar al comité de selección que tenía lo que hacía falta para estar en el equipo estaba a punto de terminar y sabía que no había dado lo mejor de mí. No estaba lista para dejarlo. Con esos pensamientos



«Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclaméis las obras maravillosas de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. Antes ni siquiera erais pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios; antes no habíais recibido misericordia, pero ahora ya la habéis recibido». — 1 Pedro 2:9-10



atormentándome, llamé a mi compañera de equipo y le pedí que rezáramos. Después de rezar juntas, alzamos la vista y vimos a dos de nuestras compañeras haciendo lo mismo. Me sorprendió la increíble comunidad que nos ha sido dada en este equipo. Cuando una de nosotras está desmoralizada o deprimida, Dios nos da una compañera de equipo para animarnos.

Por suerte, el comité de selección no solo tiene en cuenta el rendimiento de los deportistas durante esos cuatro días, sino que te ven jugar durante todo el año. Y entre el increíble talento que había en las instalaciones de las pruebas, no había ni una jugadora que fuera muy superior a otra. Cuando vi que se había publicado la lista y que mi nombre estaba en ella, me sentí muy honrada.

Cuando vi mi nombre en esa lista, recordé cómo Dios, en su inmenso poder, realmente me llevó hasta allí; eso no fue obra mía. Antes de esas pruebas me esforcé muchísimo, bateando cada noche durante horas a lo largo de varias semanas, sin días de descanso. Si hubiera jugado muy bien durante esos cuatro días y luego hubiera entrado a formar parte del equipo, me habría adjudicado gran parte del mérito. Pero tal como sucedió, Dios me estaba mostrando que, incluso desde el primer momento, tenía puesta su mano en mi camino.

Hace poco estaba leyendo un libro en el que la autora decía que nuestra fe en Dios consiste en caminar con Dios sin saber qué pasos vamos a tener que dar. Para ello tenemos que mostrar una generosa cantidad de confianza. La forma en que me preparo físicamente afecta directamente a mi confianza en el terreno de juego. Lo mismo ocurre con mi corazón ante Dios. Cuanto más preparo mi corazón para confiar en él, más segura me siento de que él tiene el control. Tal como la autora de ese libro lo expresaba, tenemos que preocuparnos más por con quién bailamos que por nuestra actuación.

Antes de llegar a las pruebas para los Juegos Olímpicos, estuve preocupándome más por mi rendimiento que por Dios. Pronto me di cuenta de que tengo que considerarlo todo como perdido por el amor hacia Cristo. Para empezar, ¡nada de esto nunca fue mío! El sóftbol fue un regalo que se me hizo, ya que pertenece a Dios. Tengo que valorar a Dios, aquel con el que camino a través de la vida, mucho más de lo que me preocupo por hacia dónde guía mis pasos. Tengo que dejarme llevar sin importar dónde decida llevarme. Se trata de dejar de lado el racionalismo y centrarse en la confianza.

El más profundo deseo de mi corazón es que alguien que esté fijándose en mi andadura olímpica la describa como una generosa muestra de confianza en Dios.



ESTADOS UNIDOS